

EL YO Y SU DONACIÓN PRERREFLEXIVA

1. INTRODUCCIÓN

Mi interés en estas páginas no se orienta hacia ningún aspecto del mundo externo, poblado por la inmensa variedad de cosas que se extienden en el espacio y en el tiempo; ni hacia el mundo ideal de los números, las especies, las categorías..., carente de ubicación espacio-temporal. Tampoco me voy a ocupar del amplio conjunto de experiencias subjetivas que integran la vida consciente, en la que viene a donación más o menos originaria la complejidad del mundo objetivo, ya sea real o ideal. Aquí me gustaría centrarme tan sólo en el polo más interno e íntimo de la vida, en el sujeto propiamente dicho, en el yo que vive la multitud de experiencias conscientes abiertas a las diversas realidades del mundo.

Dicho de modo más técnico, mi tema de estudio va a ser el yo, entendido como unidad de las vivencias que integran cualquier presente de conciencia y, sobre todo, como núcleo de identidad de la multitud de vivencias que transcurren temporalmente en una sucesión continua. Mostraré que, en realidad, a pesar de todas las críticas de la postmodernidad, la existencia del yo constituye un dato innegable, y describiré los modos de acceso que tenemos a él, poniendo de relieve la decisiva importancia que adquiere en este punto la donación prerreflexiva de la subjetividad.

He de señalar ya desde un comienzo que, contra lo que pudiera creerse, no podemos apelar aquí a la construcción social del yo, porque no se trata de determinar cómo se forma la personalidad en las primeras etapas de la vida, ni cómo llega a elaborarse un yo-objeto que sea reconocible en un plano social intersubjetivo. El problema que tenemos entre manos es mucho más fundamental. Consiste en pensar acerca de lo que podemos caracterizar como un *prototy*, un yo originario, entendido como sujeto puro, como unidad que permanece en el transcurso de las múltiples vivencias. En el nivel más primigenio de la vida subjetiva, habría pues no sólo el vivir, sino el yo vivo; no sólo el *cogitare*, sino